

el aula
e-nos

La reescritura

Héctor Torres

En la escritura con intenciones literarias, escribir es reescribir.

Ya se dijo: en la escritura con intenciones literarias, escribir es reescribir. En la reescritura es que está el trabajo de darle la mayor expresividad a la historia que se está escribiendo. Los textos publicados son el resultado de un número indefinido de reescrituras hasta lograr que cada párrafo, cada frase, cada palabra logre expresar de manera eficaz lo que se propone. La eficacia del ritmo y la musicalidad son el resultado de un profundo proceso de edición que va asegurando que, en cada vuelta, se vaya logrando una mayor concisión del texto, hasta que, eliminado todo ripio, toda repetición innecesaria, todo rodeo inútil, quede como resultado un texto compacto del que se pueda justificar la existencia de cada línea empleada.

Por eso, en el momento en que tenemos una primera versión completa de nuestra historia, comienza el proceso de pulir hasta que todos los elementos sean inobjetables, o que sintamos que ya no es posible mejorarlos. Hacerlos más expresivos.

“Escribir es hacer un borrador y luego corregirlo hasta desentrañar lo que uno realmente piensa”, señaló acerca de ese proceso el narrador argentino Adolfo Bioy Casares. Y la afirmación es sumamente atinada, pues, en efecto, de eso se trata. Escribir es una operación de tanteo, una especie de balbuceo en busca de la precisión de la imagen, de la idea, de lo que queremos decir. Un sistemático proceso de corrección va podando y rectificando la precisión del texto hasta alcanzar esa máxima expresividad que se ha señalado. “El arte de simplificar, despojar, consiste en eliminar lo innecesario, para que lo necesario pueda expresarse con más fuerza”,

acota Hans Hoffman, añadiendo otro elemento valioso al proceso de corrección: mientras más elementos innecesarios se logren eliminar, el texto adquiere mayor potencia y ritmo. Cada palabra que va quedando logra una mayor cantidad de significado.

“No hay nada más difícil que la aparente facilidad”, como comentó en una ocasión Joan Didion. Y así es, todo el trabajo de edición tiene como objeto dar la impresión de sencillez, de fluidez, de un tono casi oral. Una naturalidad artificial. Un mundo enormemente intervenido que llega a parecer natural. “No debemos obligar al lector a leer una frase de nuevo”, recomendaba Gabriel García Márquez, resumiendo lo que es el espíritu del texto depurado.

En el proceso de corrección se debe releer el texto cuantas veces consideremos necesario. En principio buscamos exponer con la mayor claridad posible. Que lo que se expresa sea lo que nos hayamos propuesto decir. Luego, alcanzar cuanto resulte posible una mayor calidad en el ritmo y la musicalidad. Esto es algo intuitivo, pero sirve hacer el ejercicio de leer en voz alta. De esa manera se logra sentir pasajes carentes de ritmo o frases torpemente elaboradas. Luego toca revisar los comienzos y los cierres. Del texto. De los capítulos o bloques. De los párrafos.

Veamos un ejemplo de rescritura, buscando mayor precisión y eficacia, así como una expresividad más elaborada. Se trata de un texto mío perteneciente a un libro inédito:

En una de las primeras versiones, la historia arranca de la siguiente manera:

Si pudiéramos almacenar las frases de nuestra vida en base a su condición de “inolvidables”, en primera categoría estarían, sin duda alguna, las que se dicen como si nada, pero quedaron de pronto de aquel lado de la vida, cuando es tan normal que aburre. Esas que pasaron a ser significativas de tanto preguntarte, una y otra vez, qué carajo fue lo que pasó.

El carro se está inclinando hacia este lado, dijo ella haciendo un paréntesis en una conversación casual, con la negligencia del que no tiene nada que perder.

Pero tenía. No lo sabía, pero tenía.

En esta primera versión se arranca la historia fijando una idea que formará parte del sistema de imágenes de la misma. La idea que se quiere expresar es que a veces se dicen cosas que no sabemos que son el preámbulo a momentos fundamentales de nuestra vida. A continuación, se asoma una de esas frases y se advierte (como para que el lector esté en guardia) que tras esa inocente expresión vendrá algo que cambiará la vida de los personajes.

En sucesivas lecturas descubrimos que la idea que se quiere expresar no tiene toda la expresividad que podríamos imprimirle, por lo que se atienden varios aspectos que contribuirían a ello. Por ejemplo, a) cambiar el condicional (que es más débil) por una afirmación más tajante, que en este caso se requiere porque queremos que el lector la dé por descontado, que se asuma como una verdad, ya que es parte de ese sistema de imágenes que sostendrán la trama: “podemos almacenar las

sentencias fundamentales de nuestra vida en una de dos categorías”. b) Luego, intentar subrayar esa sensación de que se dicen cosas sin entender la magnitud de lo que eso entraña, expresada en esta oración: “las que se dicen como si nada, pero quedaron de pronto de aquel lado de la vida, cuando es tan normal que aburre”; adquiere más consistencia dicho de esta manera: “aquellas que se dicen como si nada pero terminan cruzando la cerca en un parpadeo”. La imagen de una cerca insinúa una separación, dos lados, por lo que la idea de que algo esté del otro lado de la cerca de una forma tan súbita que no alcanzamos a darnos cuenta (en un parpadeo) es más vigorosa que la anterior. c) Después, poner el parlamento de “ella” dentro de un párrafo que apunta hacia el hecho que queremos destacar, curiosamente atenúa el efecto, por lo que se decidió ponerlo en una línea sola, que se vea y deje una breve resonancia antes de que el narrador nos asome las consecuencias que podemos esperar. d) Finalmente, en el cierre del pasaje, ese “Pero tenía. No lo sabía, pero tenía”, se retoma con un carácter menos sentencioso, ya que insistir en el efecto de anunciar un hecho relevante, puede ser un poco desmedido, lo que le restaría fuerza al efecto. Se decide, entonces, por una expresión más serena, más reflexiva, que hace intuir que nos explicarán con más detalle y serenidad los acontecimientos a continuación.

El pasaje, con esos cambios, queda así en una siguiente versión:

Podemos almacenar las sentencias fundamentales de nuestra vida en una de dos categorías. En la primera estarían aquellas que se dicen como si nada pero terminan cruzando la cerca en un parpadeo. Son las que se vuelven significativas de tanto repetirlas, una y otra vez, intentando entender lo que ocurrió. Esas se registran bajo la etiqueta “misterio”.

Como cuando ella me dijo, haciendo un paréntesis en una conversación casual:

—Cuidado, el carro se está inclinando hacia este lado.

Lo dijo con la indiferencia del que no tiene nada que perder. Entonces no lo sabía, pero en ese instante todo estaba en juego: su vida, nuestra vida, cambiaría radicalmente a partir de ese instante.

De esta manera, vemos que cada párrafo, cada oración del texto, contribuye a avanzar hacia su efecto, alimentado por un sistema de imágenes puestas oportunamente para ir creando la atmósfera que nos conduzca hacia su desenlace.

En cuanto al comienzo y el final del texto (los dos momentos fundamentales de una pieza narrativa), hay que tomar en cuenta la función que tiene cada uno:

El arranque introduce al lector en el ritmo, en el tono y en la atmósfera de la historia, y debe poseer la fuerza y capacidad de síntesis para enganchar al lector.

En el arranque también se debe presentar al protagonista. El cierre tiene la poderosa función de liberar toda la emoción acumulada a lo largo del texto y, en algunas ocasiones, lo “resignifica”. Es decir, produce un giro de los valores presentes, en donde se logra la revelación, ese momento en que el protagonista descubre (y con él, el lector) algo que no sabía de sí mismo.

El primer borrador apenas cuenta la anécdota. Distribuye la historia a lo largo de su arco dramático. Cuanto más se corrige, más brillo alcanza el texto. Las sucesivas versiones son para edificar una pieza literaria en la que se robustezca la precisión del texto, la musicalidad de la prosa y la maravilla que revela la historia.

El texto debe adquirir un equilibrio muy delicado. La elaboración literaria es un tiro al blanco en el que errar por arriba o errar por debajo está igualmente lejos de atinar al centro. Es decir, que igual daño hace un exceso expresivo que una ausencia de explicaciones. Hay un equilibrio entre estimular las imágenes y las emociones, pero con el suficiente nivel de contención para darle al lector el espacio suficiente para desarrollar el proceso de las emociones dentro de sí. “Nuestro cerebro está programado para preguntarse, todo el tiempo, ¿qué va a ocurrir después? Así ocurre en las novelas. Un escritor debe ser más o menos consciente de esto, para tramar un duelo con su lector imaginario. Para entrapar al lector debe guiarlo y a la vez desconcertarlo. Si por un lado uno es siempre predecible, el lector se aburrirá muy pronto y abandonará la lectura. Si, en cambio, no hay coherencia y todo es inverosímil, pasará lo mismo”, comentó Jorge Volpi para hablar de ese frágil equilibrio.

Y por eso, por lo complejo de lograr, es que en la reescritura, en la corrección, está el 50 por ciento del trabajo de un autor. El compromiso con su texto es directamente proporcional a la capacidad que tiene de reescribir una y otra vez su historia hasta que siente que cuenta, finalmente, la que quiere contar.

PROPIEDAD DE:

la
vida
de
nos

El Aula e-nos

www.lavidadenos.com

lavidadenos@gmail.com

@lavidadenos

DESARROLLADO POR:



CONSULTORES INNOVARTE, C.A.

www.innbicuo.com

contacto@innbicuo.com

@innbicuo

Este documento tiene fines formativos. No puede ser reproducido ni distribuido, total o parcialmente, ni con fines comerciales, sin el consentimiento de su propietario.